

## XXIX.

QUERER Y NO QUERER. — ¿PORQUÉ NO DERRIBAN LOS INGLESES SU CATEDRAL DE SAN PABLO? LAS LÁGRIMAS DE MELANCTON Y LA GRAN CARCAJADA DE CARLO MAGNO.

Pero si esos italianos continúan en confesarse católicos, sinó quieren atacar la existencia del Pontificado, si proclaman ellos los primeros la necesidad de que debe subsistir, ¿cuál es, entónces, en condiciones prácticas y aceptables de buena fé y de comun sentido, la misteriosa ó enigmática fórmula de ese inexplicable y contradictorio catolicismo?....

Y con solo admitir que el Pontificado debe permanecer, ¿podrán querer despojar á esa Patria que tanto ensalzan, de la gloria y preeminencia de hospedar en su seno una tan grande institucion? ¿Quieren subordinar esa primacia espiritual, suprema y única, á la conveniencia administrativa de dos millones de habitantes? La suerte de esa ciudad incomparable, que mereció un dia tener altares como una divinidad <sup>1</sup>, y que desde los tiempos de

<sup>1</sup> Desde el año 195 de nuestra era, la ciudad de Roma tuvo altares en Asia. Los de Esmirna, que segun dice Tácito, se gloriaban de haberle erigido su primer templo, fueron imitados por los habitantes de Alabanda, en Casia, y despues por casi todo el Oriente. (AMAD. THIERRY: *Introduccion á la historia de la Galia bajo la administracion romana.*

Á este propósito debemos indicar á los lectores, que nos crean exagera-

Alarico, fué ella misma santificada como un templo, y adorada como un santuario por todos los pueblos de la tierra, ¿vendrá á ser en nuestros dias exclusivo objeto de las ordenanzas municipales de una poblacion de doscientos mil habitantes?....

Permítasenos sobre este punto una interesante observacion personal y práctica. Este mismo verano nos hallábamos en Lóndres un dia que, habiendo tenido que ir á la City, nos encontramos á las inmediaciones de San Pablo, envueltos en aquella confusion babilónica, arriesgada, sofocante, de que no pueden tener idéa los que no hayan visto á las tres de la tarde el espectáculo de aquellos barrios, donde la circulacion de aglomeradas muchedumbres, trenes, carruajes y carros produce casi una pesadilla, y origina á cada diez minutos una verdadera congestion y parada en el movimiento.

Aquel espectáculo nos sugirió una consideracion. La municipalidad y el comercio han hecho todo lo humanamente posible para dar ensanche y desahogo á aquel centro de la actividad y concurrencia industrial del mundo. Vimos más. Se está haciendo un ferro-carril subterráneo que, partiendo de Regent's-Park, atravesará en más de dos leguas la inmensa ciudad, para que sirviendo al transporte de efectos y mercancías, deje expedita la via pública para las personas. Todo lo más gigantesco y portentoso se les ha ocurrido á los Ingleses, ménos el sencillísimo expediente de derribar la catedral de San Pablo,

dos ó parciales en lo que hemos dicho sobre la influencia de la Roma pontificia en la civilizacion, lean el libro que acabamos de citar, ameno y bellissimo por cierto, y verán cómo nos quedamos muy atrás de las apreciaciones y encómios de uno de los primeros historiadores críticos de nuestros dias.

transportarla á un barrio excéntrico y desahogado, y dejar donde hoy está, una anchurosa plaza. Y sin embargo, tal pensamiento no ha pasado por ningun espíritu inglés. Aquellos hombres tan positivos y prácticos, pero en su casa tan religiosos y conservadores, se hubieran escandalizado de tal proyecto.....

¡Y lo que creerian abominable, impío, por conveniente que fuera á los intereses materiales de su gran metrópoli, respecto á un templo, lo creen aceptable, necesario, cuando se trata de derribar el templo vivo del mundo católico, por los intereses aparentes, transitórios, mal comprendidos de una poblacion de Italia, que no llega á la duodécima parte de la de Londres!....

¿Querrán privarse los católicos Italianos de poseer el santuario universal y viviente del cristianismo apostólico, cuando los Españoles de Santiago y de la Virgen del Pilar, los Irlandeses de San Patricio, los Napolitanos de San Genaro, los Piamonteses de San Máximo, los Rusos de San Andrés y San Nicolás, y los Parisienses de Santa Genoveva defenderian aún con más encarnizamiento que el trono de sus Reyes, el depósito de las reliquias de sus santos Patronos?

¿Es posible que los hombres de aquella region, tan privilegiadamente iluminada por el espíritu de la sabiduría, tan electrizada por el sentimiento de la belleza; aquellas inteligencias para quienes la adivinacion de la verdad y la inspiracion del arte son cualidades ingénitas como el fuego de la mirada, y la armonía de la voz; es posible que aquellos corazones tan noblemente levantados al entusiasmo de la gloria, como á la comprension de toda ideal grandeza, se hayan hecho de repente sórdidamente positivos y materialistas?... ¿Habrán llegado

á creer que vale más el palacio de cristal, que la basilica de San Pedro, ó que pueden trocar las catacumbas por minas de carbon de piedra?... ¿No habrá en sus ojos, ciegos por la luz de tantos resplandores, siquiera aquellas lágrimas que lloraba Melancton, el apóstol y ministro de Lutero, por la suerte de las venerandas abadías, de las portentosas catedrales, que por su propia obra, iban á venir al suelo, bajo la intolerancia destructora de sus mismos fanáticos sectarios?...

Aquellos eminentes políticos, tan versados en la historia; aquellos esclarecidos hombres de Estado, tan dados á la ciencia y á la filosofía, ¿habrán podido asentir con un convencimiento sério y digno, á la combinacion de que coexistan en una misma ciudad la Sede pontificia y el trono de un Rey constitucional? ¿Si habrán creido que se puede hacer un Sumo Pontífice, del capellan de un monarca Piamontés?....

La augusta Sombra de Carlo Magno se levantaria por encima de los Alpes, no ciertamente para dirigirles una imprecacion fulminante, sinó despidiendo de sus pulmones de hierro una carcajada homérica, que haria estremecer ambas riberas del Pó, desde las alturas de Superga hasta las torres de San Márcos!!

XXX.

GUARDAD EN ROMA AL PAPA, ITALIANOS!...

Carlo Magno podría reirse comparando la grandeza de sus miras con la exigüidad de vuestros medios y el limitado alcance de vuestros horizontes. Nosotros, empero, nos affligimos y angustiamos en la comparacion de nuestros temores con nuestras risueñas, desvanecidas esperanzas.

¡Carlo Magno podría reirse!... ¡Carlo Magno es lo pasado!...

Nosotros nos hallamos cara á cara con lo presente. Hijos respetuosos de la Historia—y harto lo han visto nuestros lectores,—honramos la memoria, y consultamos la sabiduría de nuestros mayores. Pero si vamos con frecuencia á los cementerios para meditar, harto sabemos que no son moradas para vivir; hasta que pronto nos venga el turno de dormir en ellos el sueño del olvido!...

En la vida estamos, de la civilizacion procedemos; hácia lo porvenir y á la eternidad caminamos. Y en medio de las angustias y tribulaciones que combaten nuestro ánimo en la época tempestuosa en que nos ha tocado vivir, y que, despues de todo, no nos atreveríamos á trocar por ninguna de las pasadas, conservamos siempre aquella disposicion de espíritu con que representa Dante

á Caton en los umbrales del Purgatorio, donde todavía, á la vista de aquel espectáculo de expiaciones,

*Libertà va cercando ch' è sì cara.*

La libertad buscamos, la libertad queremos, y por la libertad—en el último puesto del más obscuro soldado—más de una vez combatimos. La libertad y la independencia de Italia habíamos saludado con adhesion de ferviente entusiasmo: la libertad y la independencia de Italia, que eran á nuestros ojos condicion y complemento de la libertad de Europa, y del progreso y de la civilizacion del mundo.

La pretension de poseer á Roma, y de desalojar al Sumo Pontífice, ha venido á angustiar nuestro espíritu con el pavoroso recelo de que se aplace por largos años, ó se malogre indefinidamente la esperanza de ese magnífico resultado.

Habrémós de repetirlo. Nosotros consideramos como el mayor obstáculo y peligro para la libertad de las naciones, el lógico aunque sacrilego divorcio entre el principio religioso y el principio liberal. Legado funesto de un siglo de crítica y de guerra, creimos y esperamos que la mision encomendada al siglo presente, era su concordia y armonía. Causa radical y profunda de todas las perturbaciones políticas y morales de nuestros dias, creíamos que el órden de las instituciones y la paz de las conciencias, tan necesaria como la de los intereses y de las armas para la constitucion y consolidacion de una Europa nueva, sólo llegaría á obtenerse aquel venturoso dia en que las almas religiosas pudieran creer tranquilamente en la libertad, y en que los corazones entusiastas por la libertad, vieran su complemento en la Religion.

La hostilidad y la agresión contra el Pontificado, y mucho más su extrañamiento de Europa, ó su confinamiento en territorio de esta, pero ajeno, si por desgracia se realizan, pudieran hacer eterno este desventurado antagonismo: en la desastrosa lucha en que la revolución francesa fué la agresora, tememos que la regeneración italiana sea la contumaz reincidente.

No, una y mil veces. No temblamos ante la idea de la destrucción del Pontificado católico. Dios podrá permitir otra vez que varíe su asiento en la tierra, sin que le abandone la supremacía que le viene del cielo. Ni siquiera pensamos en la desaparición perpétua del Pontificado de Roma. Tan absurda nos parece, que la tenemos por imposible.

Pero nos aterra el pensar que la necesidad de defenderle ó de restaurarle, si por ventura llega á ser atacado y violentado, pueda ser en breve ocasión ó causa de una guerra religiosa, que combinada con extraños elementos políticos, haría retrogradar siglos enteros los progresos de la civilización. El asesinato de un Ministro del Sumo Pontífice, —cuyo impío suceso recordábamos há poco,— fué en 1848 la señal de la reacción para todos los gobiernos. El asesinato del Pontificado sería causa de una reacción de todos los espíritus y de todos los pueblos.

Nosotros habíamos esperado en la resurrección gloriosa de una Italia independiente, libre, purificada en la desgracia, escarmentada de la revolución, sin reminiscencias de demagógica anarquía, sin ilusiones de fantástico Imperio, tomando título y rango en una confederación pacífica de naciones hermanas y libres, á que aspira y marcha la civilización europea; y que, sea dicho de paso, no conseguirá, si el liberalismo moderno, como la antigua

monarquía, como el antiguo feudalismo, como el antiguo republicanismo, no busca su ley dentro del derecho cristiano. La pretensión de poseer á Roma nos hace temer que la cuestión que se ventila, deje de ser en breve la cuestión de su independencia y de su nacionalidad.

Tememos para la paz del mundo la amenaza alternativa y tiránica de un Imperio feudal, sin lealtad ni caballería, de un cesarismo democrático sin libertad y sin religión, ó la *hegemonía* materialista, opresora y disolvente de una metrópoli cercada de mares y erizada de cañones, que no reconoce en el globo más que colonias y factorías. Tememos para la Europa ver renovada la antigua y eterna cuestión que viene ventilándose, desde los hijos de Ludovico Pio hasta los tiempos de Napoleón I: si ha de ser Emperador de Occidente el Soberano del Sena, ó el del Danubio; si ha de ser el Rey de los Francos ó el Jefe de los pueblos germánicos el autócrata del Mediodía; si ha de llamarse Habsburg ó Bonaparte el César que se corone en Roma....

Guardad en Roma al Pontífice, italianos que quereis ser libres! Custodiadle vosotros mismos. Que no dependa de ningún Rey; que los unja á todos. No os creais rebajados en ser bastante fuertes para hacer corte de honor y guarda de respeto al que ejerza tan alto y divino magisterio. No será la vez primera que os salve de ser Francos ó Germanos, Bizantinos ó Normandos. Que os salve otra vez, enfrente de los representantes de todas esas dominaciones, subsistentes todavía, á vosotros, de dejar de ser italianos, y á la Europa consternada, de optar entre un Imperialismo teutónico, una autocracia revolucionaria ó un patriciado insular, para el cual seais el gran Portugal de la otra Península. Más glorioso os será conservar en

los Estados romanos un San Marino Pontifical, que el que pagueis con una Venecia Austriaca la compensacion harto leonina de tener en el Tiber otra Venecia Sajona con un amo, no ménos tirano y extranjero que el germánico. Más glorioso os será tener un Pontífice que pueda ser güelfo, que solo un Rey que, de uno ú otro Imperio no deje de ser gibelino; y cualquiera que sea la capital que léjos ó cerca de Roma elijais, siempre será la que esté más al alcance de sus bendiciones.

Ahí teneis á Turin, á Milan, á Pavia, á Florencia, á Verona ó Ravena designada por Napoleon y por Teodosio. No importa que no sean grandes. Los Españoles, el día de nuestra union, no tomamos para capital ninguna de nuestras ciudades: improvisamos una en un páramo, encrucijada en los caminos de todas, y la vemos crecer espléndida y populosa, harto á despecho de la naturaleza, pero al impulso de la nacionalidad. Así, y más pronto, crecerá la vuestra, con la vida que le infunda el espíritu de vuestro renacimiento. Roma no puede serviros.— Roma es más grande que la Italia, como suele ser más grande que la montaña, la sombra que se extiende sobre la llanura.

Esa sombra os engañará siempre, como os engaña ahora mismo sobre las verdaderas proporciones del Estado que quereis fundar; sobre el destino comparativamente limitado, por glorioso que sea, que os toca cumplir. Ó habeis de volver á ser lo que ella ha sido, ó tiene ella que ceñir sus términos á lo que podeis ser. Y cuando no la podeis coronar con un Imperio, hay una especie de ingratitude ó de presuncion en querer reemplazar con vuestra nueva corona las tres que los siglos la han dado.

Ella sola sostiene mejor el peso y el blason de su nom-

bre y de su gloria. Ella sola representará siempre la memoria del mundo antiguo, la unidad social y política de aquel Imperio que abarcó el universo; la unidad religiosa de una creencia que abarca la eternidad....

¡Qué le traeis ahora con la representacion de vuestra unidad, de vuestra moderna y peculiar Historia? ¡Nunca le dareis los seis millones de almas del tiempo de Trajano! ¡Por mucho que construyais, no podreis borrar nunca las ruinas; y siempre tendreis en derredor de vosotros, más sepulcros que edificios!... No está hecha para las necesidades de vuestro siglo, para la existencia material de la civilizacion contemporánea. Siempre será como uno de aquellos mausoléos, que convirtió en fortalezas; como un panteon que se hizo basílica. ¡Eso.... y nada más!—La prosa de los hombres no podrá alterar el misterioso simbolismo de la Divina epopeya. Eso, que vuestras aspiraciones apellidan grandeza, el mundo os lo contará como una profanacion. Esa Roma hoy tan grande, quedará siempre en vuestras manos materialmente exigua!...

Allí no hay más que una tumba convertida en altar. Allí murió el Imperio; allí nació el Pontificado; allí creció como una celestial siempreviva al pié de la cruz que levantó Neron para San Pedro, al lado de aquel coloséo de Vespasiano que construyeron con sus lágrimas los cautivos de la Israel deicida, que regaron con su sangre los mártires de la Israel triunfante.... ¡De allí se levantó sobre la tierra: de allí cubrió con sus ramas el mundo todo!

Del mundo es el Vaticano, como fué del mundo el Capitólio. Los dos son propiedades de la Humanidad; mayorazgo no enajenable de las generaciones pasadas;

fideicomiso indivisible de lo presente para lo porvenir. Este le impuso al mundo la madre de nuestras naciones, constituida en Imperio: el otro le fundaron los hijos primogénitos de Cristo congregados en Iglesia.

No hay allí un monumento que no sea prenda ó despojo de una Nación: no hay una sola piedra de aquellos altares que no represente una ofrenda, una lágrima, una oración, un suspiro de penitencia, ó una gota de sangre de los fieles de las cuatro partes del mundo. Del mundo y de la Europa fué aquel recinto sagrado por más de veinte siglos; y ahora ni la Europa ni el mundo tienen otro lugar que el que Dios les ha dado para colocar la cabeza de su Iglesia; como no tiene el hombre otro lugar que su cráneo para aposentar su cerebro.

## XXXI.

EL PAPA EN JERUSALEN.  
QUERER ENGENDRAR LA VIDA EN LOS BRAZOS  
DE LA MUERTE.

Uno de esos folletos que ha llevado á las orillas del Sena el soplo del fanatismo anti-católico, que viene de la tumba de Calvino, pasando por Ferney, se atrevió á indicar la posibilidad de trasladar la Santa Sede á Jerusalem!....

Desde luego nos pareció que el autor de este pensamiento habia querido lanzar á la frente de su país y de la Italia el más sangriento de los sarcasmos, la más horrible y la más injusta de las invectivas. Era como decir

que despues de todo, el Jefe de la Iglesia católica estaria mejor hospedado en un aduar de Turcos que en una nacion de incrédulos..... Para cosas tan santas es irreverente el tono de la ironía, y el déjo de la burla sabe á la sacrilega amargura de la esponja del Calvario.—Á nuestra vez pudiéramos preguntar nosotros si el trono de las Tullerías no estaria, por identidad de analogías, mejor colocado en Santa Elena.....

Jerusalen!.... Jerusalem no es la ciudad de los hombres, como Roma no es la ciudad de los Reyes!.... Jerusalem es para los cristianos la tumba sacrosanta del Redentor del mundo: ante la inescrutable justicia del cielo, es la ciudad maldecida. Dios ha aceptado, en gracia de voto expiatorio, que vayan los pecadores en peregrinacion penitente á llorar sobre aquellos lugares santos; pero no ha permitido nunca que los vuelvan á poseer y los conserven en soberanía los pueblos creyentes. Cuando á los ciudadanos de Pisa se les ocurrió cargar sus galeras con la tierra del Calvario, fué para rellenar un cementerio..... De aquellos muros profetizó el Señor que no quedaría piedra sobre piedra; y las torres de David nunca más fueron levantadas. Pasó el carro de Tito por encima del palacio de Herodes; y los tronos de Godofredo, de Balduino y de Lusñan vinieron al suelo entre los escombros del pretorio de Pilatos. La poesia pudo cantar las proezas de los cruzados; pero la Divina Justicia no quiso permitir que los hijos de Caifás dejaran de ser esclavos de bárbaros.

En Jerusalem muere el Hijo del hombre; pero el discípulo de Cristo no se asienta donde habia hablado Dios..... Ningun Papa ha osado llevar el nombre de Pedro..... San Pedro no se atrevió á morir donde habia padecido Je-

sus!... Ningun Pontífice pudiera predicar en la montaña que oyó las Bienaventuranzas. Aquella es la tierra de los prodigios: no es la tierra de las instituciones.

El Príncipe de los Apóstoles recibe en Jerusalem la visita del Espíritu Santo; pero su Cátedra y su Cruz las viene á buscar á Roma. San Pablo tiene la vision de Dios en el camino de Damasco; pero su mision es llamar á los gentiles y evangelizar á los romanos. Le esperan en Atenas los filósofos del Areópago, y en la ciudad de Caligula y Neron todos aquellos de la casa de Aristóbulo, y de la casa de Narciso <sup>1</sup> y hasta los comensales del César.

De Jerusalem sube Jesucristo al cielo; de Roma es de donde descende su doctrina al mundo. ¿Quereis construir un palacio en el Tabór? ¿Quereis edificar una gran Basilica en el Calvario? ¿Quereis que cuando vayan á consagrarse los Emperadores suban por la *calle de la Amargura*?...

Es verdad!... nos habíamos olvidado de que quereis poner un trono constitucional en el Capitólio, y una Cámara de Diputados en el foro de Trajano! Nos habiamos olvidado de que sois vosotros los que hablando siempre de juventud, de regeneracion y de porvenir, estais dando al mundo el siniestro espectáculo de querer engendrar obras de vida, abrazados sacrilegamente con los despojos de la muerte!...

Al veros emplear toda la calentura de vuestra agitación en apoderaros de sarcófagos y ruinas, creemos que no teneis un soplo de vida en vuestro aliento, ni un germen de fecundidad en vuestra sangre!... Figúrasenos asistir á una de aquellas procesiones de sombras que describe vuestro Dante en las regiones de los suplicios ex-

<sup>1</sup> San Pablo. Epist. ad Romanos, cap. XVI.

piatorios.... Y á la manera de aquellas tristes voces, que dejan caer los ángeles al cruzar sobre los grupos atormentados, así nos parece ver alejarse, huyendo delante de vosotros, al Génio de la libertad y al espíritu de la Religion, diciéndose el uno al otro aquellas palabras de Job, de tan amargo desconsuelo:

EXPECTANT MORTEM..... QUASI EFFODIENTES THESAURUM: GAUDENTQUE VEHEMENTER CUM INVENERINT SEPULCHRUM.

FIN.